

«HODIE»

Félix M. AROCENA SOLANO

Nosotros, seres contingentes que pisamos la superficie del planeta tierra, cuando decimos «ahora», ese mismo adverbio lo vemos alejarse al momento para precipitarse irremisiblemente en el pasado. Hasta tal punto nuestros instantes terrenos son fugaces... Sin embargo, esto no es así en Dios: hay en él un «hoy» absoluto, una actualidad eterna e inmutable, que nosotros jamás alcanzaremos a comprender. Pero constatar nuestra insuficiencia no es la última palabra que podemos decir porque, en la fe de la Iglesia, Dios nos brinda la posibilidad de penetrar ya ahora, durante nuestra vida mortal, en su «hoy» divino. Nos referimos al misterio del culto cristiano. En él, el pasado y el futuro convergen y todo resulta presente: tanto lo que corresponde al pasado –por ejemplo la muerte del Señor–, como lo que resta aún por acontecer –por ejemplo la *parusía*–, todo se hace actual, vivo y operante, cuando celebramos la sagrada liturgia.

1. EL «HOY» DIVINO

Esta celebración representa, para el bautizado, la posibilidad de franquear los límites de este tiempo mortal y entrar en comunión con el presente absoluto de Dios. La Iglesia lo canta acudiendo a esta expresión: *ad caelestis vitæ transferat actionem*.¹ Este sintagma

1 Cf. *Missale Romanum*, Dominica XIV per annum, Super oblata: «oblatio nos, Domine, tuo nomini dicata purificet, et de die in diem ad caelestis vitæ

latino nos habla de una transferencia, es decir, de una traslación de la *ekklesía* terrena a la liturgia de aquella otra *ekklesía*, que es la Jerusalén celeste. La esposa se reconoce sostenida y atraída, bajo el velo de la fe, hacia el río de la vida, hacia la vida inefable del esposo. Es esta una celebración que se desarrolla en el cielo y a la cual nos asociamos a través de nuestra participación en la acción sagrada. Aquella *actio*, que canta la Iglesia, son los flujos y reflujos de conocimiento y amor, de entrega y acogida entre las hipóstasis divinas en la comunión trinitaria donde cada una dirige a la otra un «¡oh tú!» extasiado y oblativo, glorificante y pleno de amor.² Es la vida de Dios, que no cesa nunca, y en la que somos insertados cuando celebramos los ritos cristianos. Sí, la participación en la vida trinitaria se realiza a través de la liturgia.³ Esa actividad divina no es otra cosa que la fiesta a la que estamos llamados a participar en el cielo.⁴ Cuando celebramos la liturgia con minúscula, anticipamos la Liturgia con mayúscula, siendo aquella una impronta de esta, un trasunto: «te damos gracias porque nos haces dignos de servirte en tu presencia».⁵ La liturgia no es reducible a sus celebraciones, aunque se encuentre presente toda entera en ellas.⁶

Pero no es solamente en el instante de celebrar los santos misterios cuando participamos en la fiesta de Dios. No hay un instante en el que cristiano no se encuentre entroncado en la liturgia celeste porque, en Cristo, permanece ante el Padre siempre. De hecho, llegará un día en que las solemnidades exteriores desaparecerán, mientras que la fiesta interior perdurará sin fin. Esta realidad de la fe, conforme a la cual el bautizado vive siempre allí donde todo es fiesta, necesita una breve explicación.

Tanto el paganismo como el judaísmo ofrecían sacrificios en lugares bien asignados y días bien determinados. Los judíos, una vez

transferat actionem».

2 Cf. J. CORBON, *Liturgia fontal*, Madrid 2009, 36.

3 Cf. *Sacrosanctum Concilium* 8; cf. también JUAN PABLO II, *Oriente Lumen* 6.

4 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica* 1136.

5 *Misal Romano*, Ordinario de la Misa, Plegaria eucarística II.

6 Cf. CORBON, *Liturgia fontal*, 260.

construido el templo, debían acudir a él para rendir su homenaje al Adonai, pues él no habitaba sino en ese templo; allí y solo allí residía la *shekinà*. Esto explica las peregrinaciones que hacían los judíos de la diáspora al templo hagiopolita. El culto antiguo se vivía en el horizonte de esta condición terrena del hombre y, en consecuencia, se vivía como una realidad sujeta al momento y al lugar.⁷ El cristianismo ha venido a alterar esta situación. En efecto, Cristo Jesús, al atravesar el misterio de su muerte, ha penetrado en la eternidad y, en consecuencia, se ha liberado de las ataduras del tiempo. Por eso, el culto cristiano más que sujeto a la naturaleza, está vinculado a la vida eterna. No depende de días y horas determinadas, sino que arroja siempre el ancla en la eternidad de Dios.

Entonces –podríamos preguntarnos– ¿por qué celebramos las vísperas a la puesta del sol o por qué la resurrección del Señor acontece en primavera? Lo hacemos así porque vivimos una existencia humana la cual no puede trascender el tiempo; nuestro acontecer caduco no puede sustraerse a su cobertura espacio-temporal. Pero, obrando de este modo, no rendimos culto a la naturaleza, sino a lo que ella simboliza. Esto es importante. La caída del sol simboliza a Cristo, la luz incorruptible que ignora el ocaso, y cuando la vida despierta del invierno y renace en primavera, vigorosa y jovial, nos remite a la Pascua, es decir, a la re-creación del cosmos, de la historia y del hombre en Cristo. Así, pues, el contenido de las fiestas cristianas es del todo espiritual, pero, en el momento de celebrarlas, las ponemos en relación con aquellas realidades terrenas que remiten a las celestiales. Los celebrantes del culto cristiano, místicamente inmersos en la *actio vitæ cælestis*, permanecen contemporáneamente sujetos a las ataduras de espacio y tiempo, propias de su condición, en la tensión permanente entre el «ya sí» pero «todavía no».

7 Esta afirmación no pretender ser completa, sino tan solo aproximativa. En función del momento histórico que consideremos, el Dios del pueblo de la elección no era solo un *numen locale*, sino también un *numen personale*, un Dios que se esconde en la trascendencia de lo que no se circunscribe a un lugar, pero al mismo tiempo se manifiesta como cercanía presente en todas partes (cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca 92001, 104ss.).

2. OBJETO Y AGENTE DEL «MEMORIAL»

Pero volvamos al hilo de nuestra exposición: el «hoy litúrgico». Para la teología litúrgica, hablar sobre este «hoy» equivale a tratar de la presencia de los misterios de Cristo en su Iglesia, equivale a hacer presente el misterio de Cristo en la celebración eclesial. El memorial (*anámnesis*) es la respuesta de la Iglesia a las palabras del mandato del esposo: «haced esto en conmemoración mía». ⁸ Y toda la liturgia no es sino un despliegue y un efecto de la *anámnesis* de la misa.

El objeto de esta *anámnesis* es el misterio de Cristo, tensionado hacia su vértice culminante, que es el misterio pascual. Así consta en todas las anáforas del *Misal* de Pablo VI, sin excepción: «así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de tu Hijo...».

El agente del memorial es el Espíritu Santo, aquel que dota de eficacia al memorial de la Iglesia. San Lucas recoge estas palabras de Jesús: «Él os “recordará” (*hypomnēsei*) todas las cosas que os he dicho y hecho». ⁹ De ahí que al santo *Pneuma* se le designe «memoria viva» de la Iglesia; la memoria cuya virtualidad es hasta tal punto intensa que del recuerdo hace pura actualidad, es decir, presencia viva, aquí y ahora. Al Espíritu se debe que Cristo se haga contemporáneo con la historia de los hombres en la celebración cultural. El hecho de que los sacramentos sean actos de Cristo, el hecho de que él sea el ministro principal de los sacramentos, el hecho de que cada sacramento sea un punto de inserción en el misterio de Cristo la Iglesia se lo debe a la «presencia-acción» del Espíritu. ¹⁰

Sí; en la celebración eucarística el acontecimiento salvador de la muerte y resurrección del Señor, ya acontecido en cuanto a su fluir histórico, se hace actual, vivo y operante; no de una manera reduplicativa, sino el mismo acontecimiento «re-presentado»,

8 Lc 22,19; cf. *Missale Hispano-Mozarabicum*, Prenotandos 96.

9 Jn 14,26: *hypomnēsei*; el grupo consonántico «mn», característico de los verbos de recuerdo, va precedido del prefijo causativo «*hypo-*».

10 Cf. N. CABÁSILAS, *Vida en Cristo*, II, 4, 6.

puesto de nuevo en presente, constituyéndonos a nosotros contemporáneos de él. No es una utopía, ni tan siquiera un modo de hablar, sino la constatación de que somos hechos testigos co-presentes del misterio que nos salva. En las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo pasado, la realidad profunda de que el misterio acontece por mediación de los ritos litúrgicos, planteaba la dificultad de entender cómo un suceso pasado puede repetirse de forma que llegue a convertirse en una realidad actual. Dom Casel (†1948) se abstuvo siempre de intentar explicar este hecho, limitándose a insistir en que no se podían entender ni los textos litúrgicos en sí mismos, ni los comentarios que a ellos hicieron los padres, si no se admitía que esto era también un hecho cierto para ellos.¹¹ En la liturgia, el Espíritu proyecta al creyente hacia el punto de encuentro del tiempo con la eternidad, haciéndole contemporáneo de los misterios de la salvación. De ahí que la liturgia se la describa como «sacramento del Espíritu».

3. EL «HODIE» EN LA LITURGIA DEL JUEVES SANTO

Existe un momento particularmente intenso en el uso celebrativo que hace la Iglesia latina del adverbio «hoy»: nos referimos al relato de la institución del canon romano concretamente en la liturgia del Jueves Santo: «el cual (Jesucristo), “hoy”, la víspera de padecer por nuestra salvación y la de todos los hombres, tomó pan...».¹² Observemos que el adverbio va separado por comas. Esta anáfora venerable incluye aquí este adverbio de un modo enfático con el fin de subrayar que ha sido precisamente «hoy» cuando Jesús se nos ha entregado para siempre en el sacramento de su Cuerpo y de su

11 El texto del prefacio de la Misa crismal en las ediciones actuales de los misales romano y ambrosiano respectivamente difieren tan solo en un único verbo: «*qui (sacerdotes) sacrificium “renovet”, eius (Christi) nomine redemptionis humanæ...*» (cf. *Misale Romanum* (2003) *ad loc.*), y «*qui sacrificium “repræsentent”, eius nomine, redemptionis humanæ...*» (cf. *Missale Ambrosianum* (1981) *ad loc.*). Se comprende la precisión del texto mediolanense.

12 En los libros litúrgicos antiguos, el canon romano recibía el nombre de *canon actionis*, la «norma» de la acción sagrada por excelencia.

Sangre. Este «hoy» es el memorial de la Pascua de entonces.¹³ Por eso, tratar sobre el *hodie* equivale a hablar, primero, del memorial judío (*zíkaron*) y, después, del memorial cristiano (*anámnesis*).¹⁴ El memorial constituye la fibra más íntima del misterio del culto cristiano. Para Odo Casel, el teólogo del movimiento litúrgico, la liturgia no es sino una expansión de la *anámnesis* eucarística.

El relato de la institución sigue así en el canon romano: «del mismo modo, acabada la cena, tomó “este” cáliz en sus santas y venerables manos, dando gracias te bendijo, y lo pasó a sus discípulos...». Advertimos la presencia del adjetivo demostrativo latino «este» (*hunc*) aplicado al cáliz que el sacerdote sostiene entre sus manos. Las demás plegarias eucarísticas, al referirse al cáliz no dicen «este»; sólo apuntan «tomó “el” cáliz». Estamos ante una peculiaridad del canon romano. ¿Qué significa este *hunc*? Morfológicamente, *hunc* es un adjetivo demostrativo que, como acabamos de decir, se vierte al castellano por «este»; ahora bien, si lo consideramos en el contexto donde nos lo encontramos, *hunc* viene a ser para el celebrante como un «despertador» de que el cáliz que sostiene entre sus manos es «este cáliz», es decir, el que utilizó Jesús en la última cena: «este» cáliz, «esta» copa. Se trata de una ayuda inteligente que refuerza la realidad de la fe conforme a la cual lo que se está llevando a cabo sobre el altar es, misteriosa y realmente, la actualización sacramental del sacrificio que Cristo adelantó en la Última Cena. Allí, el Señor utilizó un cáliz determinado, pero el adjetivo demostrativo *hunc* invita al sacerdote a considerar la contemporaneidad de su acción ritual con aquella de Cristo.

Pero la Iglesia no solo canta el *hodie* en el Jueves Santo, sino en diversas solemnidades y fiestas del año litúrgico. Así, en Navidad: «hoy ha nacido Cristo...»; en Epifanía: «hoy la Iglesia se ha unido a su celestial esposo...»; en la presentación: «hoy tu Hijo es presentado en el templo...»; en Pentecostés: «hoy se ha manifestado el Espíritu Santo...»; en la ascensión de María: «hoy ha sido llevada

13 Cf. BENEDICTO XVI, *Homilía en el Jueves Santo del año 2006*.

14 Sorprende la escasa atención que Odo Casel presta, en el conjunto de su obra publicada, al tema veterotestamentario del *zíkaron*.

al cielo la Virgen, Madre de Dios...». En estos casos, cuando la melodía gregoriana interpreta estos *hodie*, es frecuente que lo haga por medio de peculiares estructuras neumáticas destinadas a enfatizar la carga teológica del adverbio. La asamblea, al escuchar el canto de este *hodie*, se siente invitada a reconocer la actualización sacramental del misterio celebrado. También aquí se comprueba hasta qué punto el canto gregoriano representa para la Iglesia latina la exégesis musical autorizada de la palabra proferida en el culto.

Nada extraño, pues, que la presencia del «hoy» en los libros litúrgicos sea relativamente frecuente: el adverbio comparece cuarenta y seis veces en el *Sacramentario Veronense*, quince en el *Gregoriano*, noventa y siete en el actual *Misal Romano*, y ciento cuarenta y dos en el *Misal Hispano-Mozárabe*. Su presencia es también importante en los antifonarios ambrosiano, hispano y romano.¹⁵ Ciertamente, no siempre presenta la valencia teológica fuerte, acerca de cual estamos tratando; en ocasiones, contiene un valor circunstancial, alude sencillamente a la jornada concreta en la que la Iglesia reza. Es el caso, por ejemplo, de muchos de los «hoy» presentes en las preces de laudes y vísperas del Oficio divino. De entre los padres de la Iglesia, san León Magno (†461) es el autor más proclive a este «presentismo». Pero no solo san León Magno: solo en sus sermones de Epifanía, san Máximo de Turín (†423) acude al «*hodie*» cinco veces y san Pedro Crisólogo (†451) diez.¹⁶

4. ACTUALIZAR MEDIANTE GESTOS Y PALABRAS

Tratar del «hoy litúrgico» equivale, pues, a considerar la presencia de las acciones teándricas –siempre salvíficas– del mediador en su Iglesia por medio de aquellas palabras que escuchamos y

15 Cf. M. SODI – A. TONIOLO, *Concordantia et indices Missalis Romani - Editio typica tertia*, Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana 2002, *ad loc.*; F. M. AROCENA – A. IVORRA – A. TONIOLO, *Concordantia Missalis Hispano-Mozarabici*, Città del Vaticano–Toledo: Libreria Editrice Vaticana–Arzobispado de Toledo 2009, *ad loc.*; M. SODI – G. BAROFFIO – A. TONIOLO (eds.), *Sacramentarium Gregorianum – Concordantia*, Roma: LAS 2012, *ad loc.*

16 Cf. J. PINELL, «L' "hodie" festivo negli antifonari latini», *Rivista Liturgica* 61 (1974) 579-592.

aquellos gestos que contemplamos cuando la esposa celebra los misterios del esposo. Esta realidad nos invita a detenernos en esas palabras y en esos gestos, en cuanto vehículos de la misteriosa contemporaneidad entre el «Triduo sacro» y el transcurrir de los siglos hasta la parusía.¹⁷

Para ilustrar la eficacia de las palabras y de los gestos litúrgicos, fijemos nuestra atención en un momento culminante del año litúrgico y vayamos con la imaginación a la solemne vigilia de Pascua. De esta fuente, que es la madre de todas vigiliass, mana y discurre el río caudaloso de misterios y sacramentos que fecundan el Edén de la Iglesia. En las orilla de este río se levantan las palabras de la liturgia –palabras del esposo (textos inspirados) y palabras de la esposa (textos eucológicos)– colmadas del Espíritu Santo; y se yerguen también los gestos sacramentales, como fibra que, unida a las palabras, conforman el tejido sacramental de toda celebración.¹⁸

Contemplemos, en primer lugar, al diácono de pie junto al ambón –sede del espléndido evangeliario– que, iluminado por la llama del vecino cirio pascual, como icono del ángel del sepulcro vacío, proclama la cumbre del *Evangelion*, aquella Buena Noticia, que es la mejor de las buenas noticias de Dios para los hombres: la resurrección de su Unigénito, el hijo de María. En este momento celebrativo, la resurrección de Cristo acontece místicamente por medio de la Palabra. En el seno de la acción memorial, la palabra de Dios deviene realidad quasi-sacramental, constituye lo que san Agustín llama el *sacramentum audiens*, y, por la fuerza del Espíritu, lo narrado arranca su andadura performativa, de un modo íntimo, en el corazón de los fieles que conforman la asamblea santa.¹⁹ El tiempo y el espacio se han «concentrado» para «re-presentar» de manera viviente el santo sacrificio que comienza el viernes en el Gólgota y termina el domingo en el cielo. De este modo se desvela la «contemporaneidad» de la Pascua de Cristo con la comunidad que la celebra.

17 Cf. JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia* 5.

18 Cf. *Sacrosanctum Concilium* 48: «[...] per ritus et preces».

19 Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 56.

¡Qué bien se capta ahora el fondo teológico que subyace en las palabras del profeta: «como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo»! (Is 55,10-11) «Llevar a cabo mi encargo»: la palabra de Dios, participando de la eficacia de los misterios celebrados, hace que los acontecimientos ya pasados revivan ante la mirada de fe de la Iglesia reunida en oración.

En segundo lugar y continuando inmersos en la noche santa de Pascua, apreciamos cómo en el relato de la institución hay gestos que provienen del Señor y gestos que provienen de la Iglesia. Tomar el pan y tomar el cáliz son gestos de Cristo; alzar el pan y alzar el cáliz son gestos de la Iglesia; ambas mostraciones se explican a partir de determinadas coyunturas que ha vivido el rito romano en su historia. En pleno corazón de la anáfora, la liturgia otorga una especial importancia al gesto del sacerdote de asir el pan y asir la copa. Un pan blanco y una copa ancha que se toman con unas manos que se proyectan sobre las «santas y venerables manos» de Jesús. Tomar el pan y tomar el cáliz son sendas narraciones en lenguaje no-verbal del gran acontecimiento del amor. Ambas acciones reproducen el gesto externo y ambas harán revivir el gesto interno de aquel amor que impulsaba a Cristo cuando las realizó. En consecuencia, el modo teológico de hacer esos gestos (*ars celebrandi*) será transparentando el amor del misterio pascual. Estas acciones sacramentales de asir el pan y de asir la copa presentan un *plus* respecto a cuando se realizan fuera de este contexto, quizá de manera banal. Las manos son «santas y venerables» porque son las manos del redentor y «este» cáliz (canon romano) es glorioso (*præclarum*) no de suyo, sino por ser el resucitado quien lo toma entre sus manos.

El soplo del *epphetà* en el oído del catecúmeno el lavatorio de los pies y el soplo del obispo sobre la ánfora del crisma en la tarde del jueves santo, la imposición de las manos sobre la cabeza del enfermo que va a recibir la unción... estos y otros elementos de la

gestualidad litúrgica de la Iglesia sitúan a los fieles en relación viva con el misterio pascual. Permiten traducir a sus vidas el misterio pascual. Consienten que los fieles puedan traspasar a sus vidas el valor ofertorial de cuanto el *Kyrios* realiza sacramentalmente en la celebración.

5. CONCLUSIÓN ABIERTA

Imponer fin a esta reflexión invita a presentar algunas conclusiones. Ciertamente la liturgia se resiste a ser encasillada en las mallas de una definición de cuño cartesiano -en razón de su naturaleza mística-, pero si nos pidieran una descripción tendencialmente idónea de la liturgia, podríamos decir que la liturgia es sencillamente «*hodie*». Lo es porque decir «hoy», en teología litúrgica, es tanto como hacer presente el misterio de Cristo en la celebración eclesial. La celebración deviene verdadero *kairós* de salvación; el mismo «hoy» es un *kairós* de salvación, como una «chispa de eternidad». ²⁰ El «hoy litúrgico» viene a recordarnos que la Eucaristía celebrada es actualización del misterio, en el cual el pasado, como acontecimiento de muerte y resurrección, muestra su capacidad de abrir al futuro, de anticipar la plenitud final. ²¹ De este modo, el «hoy» de una solemnidad, de una fiesta es ocasión privilegiada para que los bautizados consientan en ser introducidos en el «hoy» de Dios y puedan alcanzar plenamente, de este modo, el misterio salvífico.

Félix María AROCENA SOLANO

Sacerdote de la prelatura personal de la Santa Cruz y del Opus Dei, doctor en teología y derecho canónico con estudios de especialización de liturgia, es profesor de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra e imparte también clases en la Universidad San Dámaso de Madrid.

20 Cf. FRANCISCO, *Encuentro con el Comité de Coordinación del Celam*, (Río de Janeiro, 28 julio 2013).

21 Cf. FRANCISCO, *Lumen fidei* 44.